



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII. DECAJO DE LA PRENSA LOCAL. um. 9207

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provinciales.—Tres meses, 7 50 id.—Estranjero.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rey, rue Caillart, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31; y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Win- chester, Street.

Las suscripciones y anuncios se reciben exclusivamente en la redacción y administración, calle Mayor 94.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasaje de Recoletos.)

Capital social efectivo... Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980
Total.....	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rantías de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SABADO 9 DE JULIO DE 1892.

MOSAICOS

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican, en madera, barro cocido y cemento hidráulico. Precios directos de las respectivas fábricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Pasaje Conesa.

J. MARTINEZ CIRUJANO DENTISTA

De la Facultad de Medicina de Madrid. Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales por los dos sistemas. Cuatro Santos 10, principal.

ECOS DE MADRID

7 Julio 1892.

No en vano gozan las verduleras de una reputación que las hace temibles.

Acostumbradas á vocear su mercancía por calles y plazas, sus pulmones son sólidos, y cuando gritan parecen enorguñenidos. Inútil es decir que la mayor parte de las palabras que vomita su indignación, no constan en el Diccionario de la lengua, y eso que este voluminoso libro no peca de muy pudoroso.

Los periódicos han descrito el motín que en la conversación llamamos en Madrid la revolución de las escobas.

Aunque han empleado todos los colores de la paleta, no puede formarse una idea cabal del aspecto de aquellas fieras con faldas. Desgreñadas, con la rabia en los ojos, arrojada al arroyo la compostura femenil, blusdiendo con feroces ademanes las escobas, haciendo ondear las banderas formadas con harapos, calcetines rotos, calzónes de franela amarilla y encarnada, arrojando piedras, gritando horrores, ofrecían un cuadro cómicamente aterrador.

La guardia civil llevó sin embargo su galantería hasta el último extremo, y eso que las heroínas no se andaban con remilgos. Hasta el gobernador, que con su conducta ha conquistado el aprecio popular, recibió una pedrada que había sido dedicada al Sr. Alcalde.

En los párrafos que no favorecieron con su presencia las amotinadas, circulaba la gente sin temor y casi deseando presentar alguna escena de salvajismo de las que tanto abundaron. Señoras y señoritas pasearon por el Retiro y Recoletos, y lo único que daba aspecto triste á la población, era las cerradas ó entornadas puertas.

Parece que nos vamos acostumbrando al sistema de huelgas más ó menos ruidosas. El ejemplo del 1.º de Mayo da sus frutos. Las verduleras, las lavanderas, los belesistas, los internos del Hospital, todas las clases que se creen lastimadas protestan, se cruzan de brazos ó apedrean á la autoridad, según el mayor ó menor grado de cultura que alcanzan.

Antes se llamaba á esto subirse á las barbas, ahora es ejercitar un derecho que suele dejar por desdicha al autor del principio de autoridad.

Estas mañanas están muy animadas las plazuelas. Las heroínas cuentan sus proezas, no desperdicián los más mínimos detalles, y los domésticos las escuchan con la boca abierta.

Los municipales rectifican á veces; pero por lo general, reina entre ellos y las vendedoras la mejor armonía.

Han sido unas valientes, y el valor nos subyuga. A algunos periódicos las han comprado con la famosa Agustina de Aragón. Un poco mejor, mis queridos colegas.

En la tarde del día del motín debió celebrarse una reunión de autores dramáticos para tratar de asuntos que les interesaban. Sólo acudieron diez ó doce y no fue posible celebrar la junta. Sin duda andaban los autores escudriñando tipos y escenas que reproducir en el teatro; por que es seguro que muy en breve asistiremos á las peripecias de la revolución de las escobas con música de Chueca.

La dispersión ha comenzado. Todas las tardes se llenan de viajeros los vagones de los trenes expresos del Norte y los del centro. Quién se acuerda ya de los perances del Sr. ministro? San Sebastián, el Sardinero, las Arenas y las otras playas de San Sebastián, forman

con voz de sirena á los que dormitan ó se achicharran en la villa, y combenir en salir á pasear.

Donde más se nota la dispersión es en el Parque de Madrid. Cada día desaparecen veinte ó treinta coches de los que pasean desde la Casa de Fieras hasta el Ángel caído, á las bellezas madrileñas. La gente de á pie, si no se marcha, se esconde, para que los escamos paseantes se figuren que han trasladado sus encantos á playas y balnearios.

En las frondosas alamedas, sólo se ven caballerós que andan, se detienen, miran al cielo, bajan los ojos; de vez en cuando sacan un papel y un lápiz del bolsillo, escriben y parecen no preocuparse de cuantos les rodean.

Aquí de la Comedia nueva de Moratin:

—Pi pi, ¿qué gente hay arriba que arma tanto estrépito? ¿Son los perros?

—No señor, son poetas.

En efecto, los pasantes á quienes me refiero, deben ser poetas, y por lo que presumo, se dedican á elaborar ese famoso soneto que un Mecenas coronés, digno de todo género de aplausos y consideraciones se propone premiar con 1.000 pesetas.

¡Mil pesetas un soneto! ¡Catorce versos, que aunque sean de once sílabas, al fin y al cabo se somanás que catorce renglones! ¡A 71 pesetas 42 céntimos y 56 milésimas cada uno! ¡Cuánto se han visto en otra los poetas!

No sólo los poetas, sino los aficionados y hasta los funcionarios que se han quedado desantes, enviarán al certamen su sonetito. Ya les ha caído que hacer á la Sra. Pardo Bazán y á los Sres. Castelar y Valera, que son los jueces. La compasión que deben inspirarnos, debe ser mayor que de costumbre, porque van á tener que leer los millares de sonetos durante la canícula. ¡Pobre Isabel la Católica! ¡Pero si como se anuncia en el programa, el Mecenas se queda con todos los sonetos y los publica, puede hacer un negocio editorial de primer orden.

Por lo menos cada autor comprará un ejemplar.

Julio Nambela.

COLABORACION INEDITA

LA LITERATURA, EL AMOR Y LA TESIS.

Esto que parece título de fábula, no es sino expresión sumarisima de los párrafos que van á seguir, en los cuales pretendo dar explicaciones sobre cierta afirmación crítica que hice, hace tiempo, al hablar de la novela, La piedra angular.

Su autora, mi distinguida y buena amiga Emilia Pardo Bazán, aprovecha la ocasión que le ofrece la novela, Tristán de Pérez Galdós, y discute mi tesis.

Yo no replico, ni puedo replicar, por la sencilla razón de que estoy casi conforme con la meritísima escritora del Nuevo teatro crítico; mas por lo mismo, creo necesario aclarar lo que dije, para que la propia acusadora me devuelva la fama y me levante el dictado de enemigo de las novelas amorosas.

Porque de nada menos se me supone reo; lo cual, si no se me prueba, puede ha-

cer llover sobre mí—y quizás á estas horas ya es irremediable—la animosidad de todo el sexo bello; que al parecer, sólo vive para el amor; según dicen las gentes; y por añadidura, de todos los románticos y sentimentales del otro sexo; que todavía leen á escondidas el Rafael de Lamartine, y hasta Oscar y Aminda.

Francamente no me resolví á arrostrar tamaño peligro.

Pláceme estar bien con las señoras cuyos pies beso, y hasta con los románticos (machos) que no dejan de tener su papel en la vida; y por todo esto, más el natural deber de conciencia que pide ser franco y explícito, clarito como el agua en las palabras y en las intenciones, voy á decir cuál es mi verdadera opinión sobre la novela amorosa... en sí y en sus múltiples relaciones con los demás géneros de novela.

Y ante todo, allá va el cuerpo del delito.

Lo que yo dije en el número 1475 de La Justicia (2 de Febrero, 1892), fue lo siguiente:

«Nuestra novela se va pareciendo algo, en el trascendentalismo de su intención, á la novela rusa y á parte de la alemana; y semejante descripción de los modelos exóticos franceses, semejante apartamiento de la futilidad artística, bien valen ser notados y recibidos con palmas.

Pues bien, esto cree D. Emilia que sentencia en menoscabo de las novelas de asunto amoroso, repica con mucha razón que el amor es cosa tan esencial en la vida como cualquiera de las cuestiones más ideales, que ahondando en su estudio puede llegarse al planteamiento de problemas altísimos y trascendentales; y que si á falta en la literatura, es por ese sondeo y sacarle el tuétano á los documentos de amor, esos documentos generales, no hacen los novelistas.

Confesado y admitido. Lo mismo ha dicho mi muy querido Leopoldo Más, al escribir de Realidad. «El amor en la novela! Qué poco ha trabajado el realismo todavía en el amor! ¡Cuánto se deja en este asunto capitalísimo al convencionalismo y á los hábitos románticos! etc.»

A lo mismo me refiero yo en el párrafo transcrito.

Las palabras van siempre en función del pensamiento capital que informa la proposición á que se refieren.

Yo habia empezado mi artículo sobre La piedra angular, refiriéndome á Ensalada y Morriña, esos dos cuentos amorosos de Emilia Pardo Bazán que tengo dicho sea sin ofensa para mi buena amiga, es lo más superficial y externo que ha escrito; y claro es, ya no puedo quitarme de la memoria la imagen de esos ejemplos, en los que me pensaba cada vez que surgía la comparación entre la novela exótica de la tesis diferente.

También pensaba, como es natural, en las novelas que á lo sumo han intentado encontrar la verdad exótica exaltando el elemento material de esta pasión, y formulada dentro de mí el juicio de que aun en la propia obra de Zola la parte amorosa—si más incitante para la mayoría del público—es inferior, de menos calidad, que las otras en que analiza y penetra diferentes pasiones y sentimientos humanos.

Referíame pues, siempre, á una realidad actual á lo que hasta ahora (salvo contadas excepciones), pero sobre todo en las obras contemporáneas, ha dado de sí la literatura tocante á este tema é igual criterio: he seguido en ocasiones, analizando, discutiendo lo mismo, como podrá ver el lector, que me dispense la honra de leer los capítulos titulados La literatura y las ideas y Señal de los tiempos de mi próximo libro que se llamará Mi primera campaña.

Nada de esto lleva por tanto camino de desconocer la virtualidad esencial de

la materia amorosa, para ser fuente de grandes obras del arte.

No, yo no la niego. ¿Cómo ha de negarla quién ahora en la infinitable novela de Balzac Le lys dans la vallée? Pero, ¿cuán pocas veces llegan á esto los autores! ¡Por cuánta superficialidad de Fénellet, de Cherbulliers, de Blinet, de Daudet, de Goncourt, de Alarcón, del propio Bourget, hay que saltar para llegar á Sapho, á Chérie, á Coeur de femme y pocas más!

Nótese que cito autores buenos y modernos, atendiendo sólo á la popularidad (bien ó mal adquirida, positivamente mal en algunos) de que gozan; pues sabido es que el mismo público que arrebató de las librerías los tomos de Zola, lee ó compra con afán á Feuillel.

Ahora bien; cuando en el amor se ahonda, desaparece la futilidad y salta el problema: entonces, la novela amorosa es tan de tesis y tan trascendental como la de más alta filosofía; y entónces ¿quién lo duda?

Interesa de igual modo que Realidad, La Fe ó La piedra angular.

Problema amoroso hay en Ana Karenina, como, en cierto modo, lo hay en La sonata de Kreutzer, dos de las mejores novelas de Tolstoy y todas las de este siglo; y lo hay también en Realidad, cuya Augusta es un modelo en la literatura española y en la galdosiana.

Todos saben—y yo mismo lo he dicho hace poco—que los lectores franceses, preguntados acerca de las novelas que mejor pintaban el amor, especialmente el de la mujer, han resultado en plebiscito abierto por Le Figaro, que las únicas que merecían ser juzgadas, eran las de Goucourt; Salamualda, de Flambert; Ursula Mironet y Lys dans la vallée, de Balzac.

El número cinco en la votación, lo ocupan las cartas de la Srta. de Lespinasse; y aun de los cuatro anteriores, hay que confesar que Salambo no es, ni pretendió Flambert que fuera, predominantemente novela amorosa, y que Ursula Mironet dista mucho de su compañera y de las demás obras maestras de Balzac.

Y esto es una literatura tan acentuadamente crítica como la francesa!

Pero debe también notarse otro aspecto de la cuestión.

Con raras excepciones, meramente terapéuticas, el problema del amor se plantea en la vida de todos los hombres. Para todos, este sentimiento ó pasión llega á adquirir los caracteres de cuestión litigiosa, que preocupa, excita el pensamiento y sugiere resoluciones más ó menos ideales.

Por esto las fábulas de amor interesan universalmente de un modo personal, subjetivo, no desde el punto de vista del arte (esto se queda para muy pocos) sino desde el de los compromisos, recuerdos y esperanzas individuales.

Más también es muy cierto que la mayoría de los hombres no pasa de aquí; que para la masa del género humano no hay otro problema, verdaderamente problema, con relieve bastante para formar un alpo en la vida y llenar, por sí sólo, la edad de las memorias melancólicas y dulces, que el del amor; y aun así, cada cual lo plantea á su modo, y de seguir hay muchas que no sienten, que no saben sentir, la hermosa triteza de una novela amorosa como Nido de hidalgos.

Con ser una cosa elemental en la vida el amor, todavía resulta que muchísimos lectores no llegan á su fórmula ideal, precisamente aquella en que mayor exaltación puede lograr el arte; con lo cual se establece ya una primera limitación en lo que respecta á la trascendencia de los asuntos amorosos.

Peró además del problema amoroso, hay otros muchos en la vida humana, precisamente aquellos que más interesan